

# Tierra de lamentos: El camino de Zalea.

Luisfe

Image not found.

# Capítulo 1

*Prólogo.*

*Caminaba dentro de una hondonada poco profunda mientras escuchaba el correr de las aguas de un río. Turán ya no se hallaba a mi lado y ya hace un buen tiempo Malec se había adelantado. Sin embargo, no me sentía sola.*

*Subí lentamente aquel montículo de tierra blanda y húmeda, por que estaba agotada y por encima me hallé inmersa dentro de un montón de bambú repletos de rocío. En ellos reposaban a lo largo de sus verdes troncos, múltiples libélulas de vivos colores que hacían vibrar sus transparentes alas.*

*No veía nada por delante mío aparte de aquellos altos y delgados troncos. Por lo que me concentré en escuchar el río y seguir la dirección de su apacible sonido. Discurría ramas con mucha precaución debido a que no podía tropezar y caer.*

*Seguía caminando cuando un espantoso alarido cortó el silencio y todas aquellas libélulas volaron despavoridas por el aire. Era Malec. Comencé a caminar lo mas rápido posible, pero no podía correr ya que yo, estaba embarazada.*

*Mi corazón golpeteaba mi pecho rápido y sonante mientras temía lo peor. En mi mente pedía al desconocido que la mantuviera con vida hasta llegar donde ella, ya que tenía un arco en mi espalda y aún dentro de mi estado de embarazo, podía dominar exquisitamente esta arma que en mis manos era mortal.*

*Cuando ya hube terminado aquel incesante muro vegetal no podía dar crédito a lo que observaban mis ojos. Dentro de un enorme claro donde el río que se escuchaba fluía en su centro, se imponía un pájaro inmenso que media unos diez metros de alto. Era parecido a un flamenco pero con colores azules, verdes y anaranjados. Unos enormes ojos abarcaban la mayor parte de su cabeza y su pico se entrecruzaba como tijeras gigantes.*

*- ¡Zalea! - Gritaron a lo lejos y me di cuenta que por encima del enorme pájaro se hallaba Malec. En la coronilla de aquella bestia discurría sangre, pero yo no sabía de quien provenía. La vi exhausta luchando por no caer desde aquella altura debido a que el pájaro agitaba su enorme cuello. Malec comenzó a gritar nuevamente mientras se agarraba de unas plumas azules manchadas carmesí. Yo no pude esperar más, así que de mi cintura*

*saqué mi arco y le apliqué una flecha firme, serena y segura de mí misma para no asustar al retoño que se albergaba dentro de mí.*

*Firmemente me adherí a la tierra embarrada con mis pies y apunté con mi arco en dirección al pecho del pájaro. No me atrevía a disparar a su cabeza puesto que podía perjudicar a Malec. Lancé mi primera flecha y le llego de lleno en el medio donde tenía anaranjadas plumas suaves como la seda. El pájaro movió su cabeza de un lugar a otro estrepitosamente y descendió su cuello seguramente para ver que le atacaba. Así concluí que no tenía buena vista. -Es tu oportunidad Malec, ilánzate al río! Le hube gritado y ella me hizo caso. Cayó al río y quedó por entremedio de las enormes piernas del ave.*

*Esta se iba acercando a mí curiosamente, abriendo y cerrando su pico mientras emitía un desagradable sonido. Rápidamente cargue mi arco con otra flecha y le apunte en dirección a su cabeza.*

*Dentro de todo aquel escandalo me parecía curioso que aquel animal no hubiera dado algún paso, así que me alejé sin perderlo de vista y me di cuenta que realmente no podía caminar por que sus largas piernas estaban atrapadas, seguramente entre el fango del fondo del río.*

*Cuando su cuello estuvo completamente erguido y su horrible rostro se hallaba a centímetros de mí, pude oler en aquella cercanía un aroma cobrizo y observé que en su pico tenía manchas de sangre viendo entre sus fisuras piel y carne fresca que seguramente provenía de Malec.*

*Al observarla me di cuenta de que había logrado llegar a la ribera e iba en dirección a la pared vegetal, todo eso mientras yo gritaba manteniendo a la bestia distraída. Cuando ví mejor, me di cuenta de que un montón de sangre emanaba de su brazo izquierdo donde en su parte superior tenía un enorme orificio que mostraba su blanquecino humero dentro de escasa carne.*

*Al ver que el pájaro le hubo arrancado gran parte del hombro, mi corazón volvió a revolotear como colibrí asustado.*

*Cuando Malec hubo llegado a un lugar seguro yo disparé mi segunda flecha, atravesando directamente un ojo de aquella bestia, que inmediatamente se estiró a lo alto y comenzó a chillar estruendosamente. - ¡Malec! - Le gritaba haciéndole señas. - ¡Adéntrate hacia las plantas, el ave no puede caminar! - Pero ella no me respondía, solo murmuraba y no sabía qué. El pájaro gritaba, mi abdomen ardía y Malec no parecía estar en sus cabales. <<Demonios, tendré que ir donde ella>> pensé, observando que para ir hacia aquel lugar tendría que rodear todo el claro. <<Tranquilo bebe. Ya todo estará bien>> Dije acariciando mi vientre, la*

*persona dentro de mi comenzaba a inquietarse.*

*De nuevo me metí hacia aquella pared verde y trataba de ubicarme para llegar a Malec, me discurría en medio de las plantas y no tenía idea donde debía de ir. Al principio creía que me estaba acercando, pero los gemidos del ave se hacían más distantes y me di cuenta de que iba en dirección contraria. – ¡Grita mujer, para poder escucharte e ir donde te ti! - Me estaba desesperando, mi barriga se hinchaba y evitaba pensar lo que podría ocurrir en la peor de las situaciones... que era, dar a luz. –Aguanta bebé, aguanta- Dije sosegándole. No escuchaba a Mal y yo comenzaba a flanquear. – ¡Grita maldita sea! - Exclamé con todas mis fuerzas y a lo lejos se escuchó un grito desgarrador que decía – ¡No vengas! - Escuche desesperación en su tono. - ¡Zalea, hay más! -. Mientras escuchaba iba directo hacia ella. -Sálvate y salva a tu hijo-. Su voz se distanciaba y yo no podía comprender por qué. Evitando toda clase de advertencia salí del lecho verde y vi a un gran pájaro con cuerpo femenino con plumas verdes en sus alas y en su tronco tenía un tipo de pelaje espinoso. Sus delgadas y largas patas se reposaban en los hombros de Malec.*

*Rápidamente comenzó a elevarse por los aires yéndose allí y llevándose a Mal frente mis ojos. Saqué una flecha, preparé mi arco, disparé.*

*Y fallé.*

*Le di en un costado rozándole y produciéndole solo un corte. Entonces mi aliento se esfumó y así estuve hasta darme cuenta de que me estaba quedando sin aire. Fue abrumador ver como la perdía, como se la llevaban y yo no podía hacer nada para detener aquel arrebató.*

*Y lo peor era, que Malec aún estaba viva.*

## Capítulo 2

### **Capítulo 1**

Fácil fue darme cuenta de la magnitud del cambio que corrompió la natural manera de vivir, también duramente acepté durante aquel caminar que todo aquello no tenía vuelta atrás y asustada reconocí, sobre todo, que esta era la verdadera realidad que ahora nos representa.

Dentro de aquel camino hacia casa observé cosas que jamás en mis treinta y siete años de vida hube visto. Siempre fui una amante de las plantas, viviendo entre jardines e invernaderos. Sin embargo, estas habían cambiado, hallándose muy distintas, en proporciones y formas, sucediendo lo mismo con animales y otras especies de vida. Mutaban de una manera irremediable y fugaz.

El camino era fértil y las plantas mojaban el buzo que andaba llevando puesto. Pero no me quejaba, agradecía andar vestida cómodamente. Me había quitado las zapatillas ya que andar a pies descalzos con facilidad era una habilidad que había adquirido desde muy pequeña. Seguía caminando hacia el sur, o al menos tendiendo hacía aquella dirección. Trataba de buscar algún punto de referencia no hallando más alguno que él río donde di por perdida a Malec. Tenía la esperanza de que este fuera alguno de los que cruzaba por fuera de nuestro hogar.

El bebé se hallaba extrañamente tranquilo y eso me reconfortaba. Iba a pasos calmos y aliviada de no tener que subir alguna cuesta, percatándome de que mientras caminaba el río disminuía cada vez más su caudal. Sorprendente fue el momento en donde el sol se despedía entre abrazos de oros y carmesí cuando del interior del profundo río emergieron disparadas unas criaturas delgadas parecidas a iguanas verdes con abundantes escamas brillantes. Eran miles y todas extendieron sus alas, volando en multitud y sincronía dentro del rojizo cielo rojizo.

<<Hermoso>>. Pensé. Y como si fuera tibia miel, la escena endulzó y abrigó mi agitado corazón.

No hizo frío cuando cayó la noche y sosegada me hallé al saber que iba en dirección correcta. Hacia el sur del cosmos y un poco hacía el oeste se hallaba la cruz del sur, que tanto me costaba identificar al principio cuando mi papaíto me instruía bajo el claro del manto nocturno. Ver aquella constelación siempre me recordaba a él. Sin embargo, al recordarlo a él, recordaba su horrible muerte y un sentimiento de arrebató consumía mi ser.

Entre medio de unos aromáticos árboles una ramita hice crujir y con desconcierto vi como un montón de motas anaranjadas abandonaban las

copas de los árboles volando y danzando frente una tranquilidad celestial. Al mirar el cielo, una luna partida se hallaba encima mío y de tenue plata brillaba sobre el bosque y mi sendero.

Cuando la madrugada hubo llegado y la noche se hubo desnudado completamente haciendo relucir sus brillantes astros como lunares sobre la piel, la hiriente pena y la traicionera ansiedad se aprovecharon de mi estado para abarcar mis pensamientos. No pensaba con tranquilidad y goterones de lágrimas nacieron del dolor.

Sufría al acordarme de Malec. Cavilaba en su sufrimiento, su agonía. Un escalofrío eléctrico recorría mi cuerpo al evocar la escena de Malec con su brazo colgando, desprendido, medio cortado y cubierto de sangre. Lo peor a mi juicio era que yo no podía ir a buscarla debido a mi estado de embarazo y Turan, iría, pero, no podía perderlo él también. <<Lo correcto, elige lo correcto. ¿Qué es lo correcto en este mundo sin moral, sin sueños, sin humanidad? ¿Qué significa hacer lo correcto cuando se trata de sobrevivencia?>>

Me cuestionaba, analizaba mis acciones por hacer, visionaba las consecuencias y cuando el sol hubo aclarado de celeste pálido el cielo nocturno, yo ya tenía en claro lo que debía de hacer.

## Capítulo 3

### Capítulo 2

*Los rayos del sol emergían por detrás de las montañas y aliviada logré reconocer en aquel amanecer aún estrellado, donde me hallaba. Estaba muy cerca de mí hogar. El río era uno de los que le rodeaban.*

*Detrás de una hilera de nogales se hallaba una colina levemente pronunciada cubierta completamente por césped, emergiendo varios árboles frutales por todo su rededor. Al llegar me di cuenta de que, por sobre ésta una fogata aún se hallaba encendida y a su lado bajo un cargado naranjo permanecía Turán, que me vio inmediatamente.*

*Recuerdo haber suspirado, pero no me sentía aliviada. A lo lejos él se dirigía donde me hallaba, bajando rápidamente como una dulce tempestad. Seguramente en aquel momento tenía inmensas ganas de saber de mí pero yo no sentía lo mismo. Al llegar al frente mio se paró de un sopetón, poniéndose la mano en el pecho y luego flexionando el tronco retomando así el aliento. Yo solo lo observaba.*

*Cuando menguaron sus emociones, frente a mí se posó aquel hombre que tanto amaba. Al verlo, trate de sentirme segura, pero, él no podía asustar a los demonios que a mi mente y espíritu perseguían.*

*Me abrazó quedando mi cabeza reposada en su pecho y en todo aquel momento, nadie dijo nada.*

*Yo escuchaba en mi oído su corazón suscitado y en mi barriga su tibia mano. -Zalea- Fue lo primero que dijo de manera aliviada, como si hubiera podido liberar un suspiro de aire hirviendo y corrosivo. -Oh, Zalea, Zalea, ¿dónde te habías metido? - Me besaba el cabello, la frente, la nariz y mis ojos. Así estuvo un momento, hasta que se puso nuevamente frente mí.*

*Le vi que en su rostro resaltaban sus ojeras y el blanco de su piel, notándose más negra su frondosa cabellera y la barba que escasamente se afeitaba. - ¿Y mi hermana, dónde está? - Me preguntó.*

...

*- ¿Dónde está Malec?- Repitió.*

*En ese instante recuerdo que pensaba por sobre todo que no debía ofuscarme si no quería parir en aquella situación. Entonces fríamente sin*

*tiemble en la voz le respondí – Ella está muerta-. Fue imposible no cerrar los ojos al terminar la frase y recordarla otra vez.*

*El tiempo pareció avanzar más despacio y al abrir mis ojos noté como los ojos color miel de Turán se apagaban tornándose al color de la tierra mojada. -¿Cómo?- Me hubo dicho con escasa voz. –Una bestia la mató- Y le explique lo sucedido, sin entrar en detalles y odiándome a la vez por aquel engaño.*

*-Esa bestia morirá, imaldita sea!- Me dijo serio y obstinado. –La mataré- Gritó al cielo - Pero primero sufrirá cada lágrima derramada por mi hermana. - En aquel momento iba dispuesto a subir al hogar, seguramente para buscar sus armas e ir en rastré del supuesto asesino de su hermana, pero yo le frené. - Y que pasará conmigo y nuestro bebé. - Le dije perpleja.*

*Tenía que detenerlo a toda costa si no quería perderlo a él también. –Diablos Turán, no tomes decisiones en este estado que es lo peor que se puede hacer-. Él se detuvo bruscamente y se volteó. Su rostro estaba congestionado y apenas podía hablar. –Era el último trozo de familia que me quedaba Zalea, sangre de mi sangre, que quier...-*

*Al escuchar aquello lo hube parado tajantemente. –Tu hijo es sangre de tu sangre y si te diriges hacia allá morirás tú y de paso el verdadero ultimo trozo de tu familia. ¿Qué no te das cuenta? - De un momento a otro el vientre comenzaba a dolerme...*

*Entonces él se arrodilló y se largó a llorar. Blasfemando la vida, al mundo y al Desconocido que tanto le habían quitado. Arrancando pasto y tréboles mientras gritaba el nombre de su hermana. - ¡Malec!, ¡Perdóname Malec! -. Yo no pude evitar llorar viéndole en aquel estado y así el llanto le dio paso al grito, desahogándome porque estaba inundada, de rabias y penas que necesitaba liberar. Seguramente todas las bestias del bosque escucharon nuestros alaridos, pero nada importó en ese instante.*

*Y fue de pronto cuando sentí que un líquido discurría entre mis piernas y mojaba el buzo que traía puesto. De inmediato cesamos de gritar y nos miramos por un momento nuestros ojos consternados.*

## Capítulo 4

### Capítulo 3

Mi casa en ese entonces reposaba sobre un gran árbol en el centro de la colina. No tenía hojas, pero sí un grueso tronco y enormes ramas.

Un lindo hogar, pequeño y reconfortante, hecho por medio de la fuerza de Turán y la práctica creatividad que me es inherente. La vida siempre me ha sido un frágil rompecabezas en el cual uniendo las piezas por medio de ensayo y error, pensando y pensando, he podido sobrellevar cualquier tipo de situación. Como al fin de la humanidad, por ejemplo.

Siempre he ocupado todos mis instintos y nunca desespero pues el miedo a mi juicio significa debilidad y la debilidad en este mundo, no tiene cabida. En el tronco de aquel árbol se incrustaban profundamente en toda su rugosidad piedras planas y sobresalientes teniéndolas que escalar para llegar y salir de nuestro hogar. Recuerdo la extenuante búsqueda de aquellas piedras pues tenían que ser puntiagudas por un extremo y lisas por el otro. Las pulíamos y Turán con su mazo la incrustaba, subiendo cada vez más. La casa estaba hecha de madera. Su techo era de paja y la coronaba un montón de enormes algas dispuestas en diagonal para hacer bajar el agua de los días húmedos.

Por medio de un sistema de poleas, en los extremos de la base del hogar Turán amarró dos cordeles. Colgando en uno, una tabla de metal y en el otro un neumático de camión que tenía adherido por medio de cuerdas varios ganchos. Así subíamos y bajábamos materiales específicos. Las cosas que rodaban subían dentro del neumático y por otra parte los materiales pesados y difíciles de mover se iban por la tabla.

Yo jamás pensé que dentro de aquel neumático de camión iba dar a luz.

Recuerdo que me hallaba semidesnuda y que la sangre y líquido amniótico me corría por las piernas depositándose en el neumático y mojando mi blusa. Me dolía el vientre y sentía que las contracciones penetrantes como espinas no se apiadaban de mí. Gritaba intentando permanecer en mis cabales sumergida dentro de una atmósfera densa y lenta. El neumático subía y a la vez giraba sintiéndome mareada al ver el cielo dar vueltas y vueltas. La luna aún se posaba sobre mí y yo me la imaginaba como si fuera mi madre en la cual me podría sostener y mantener segura en todo momento.

-¡Aguanta Zalea!- Me gritaba Turán que se hallaba sobre la casa intentando subirme con todas sus fuerzas. -No puedo- Le respondí con

voz amortiguada del dolor. Y entonces sentí que mis caderas se abrían llegando a sentir el crepitar de algunos huesos. Sin entrar en pánico puesto que ya sabía lo que iba a pasar, me posicioné de manera erguida sobre el neumático mientras mis piernas se abrían apoyándose en su superficie y cuando ya el dolor llegaba al extremo de poder desmayarme sentí que el niño resbalaba y abandonaba mi cuerpo, viscoso y tibio.

Lo sostuve por un momento entre mis brazos y le vi medio morado. El neumático llegó al extremo superior y agradecí inmensamente que Turán haya estado allí precisamente en ese momento. Al mirarnos observé sus ojos conmovidos.

-Dámelo- Me dijo susurrando. Y le pase tranquilamente nuestro bebe. El sacó una navaja de sus bolsillos y le cortó el cordón umbilical al pequeño. Me llenó de dicha ver como el color rosáceo pigmentaba su piel mientras lloraba de manera inconsolable.

Aun recostada yo observaba a Turán limpiarlo con tanta meticulosidad que ya no sentía inquietud, por el contrario, estaba completamente plena y el dolor había cesado. Al terminar de asearlo me lo pasó y vi como el travieso abría sus manitos y buscaba lugar donde poder saciar aquella hambre de nueve meses.

Y allí colgando sobre aquel neumático le di por primera vez mi pecho al pequeño Faruí y olvidando así por un momento el mundo de mierda al que le hube traído.

## Capítulo 5

### Capítulo 4

La llegada de Farui a nuestras vidas fue como una brisa de aire fresco dentro de un camino arduo e interminable.

Cuando era joven y observaba a mis amigas ya primerizas o algunas madres por segunda vez, veía en ellas sus ojos cansados, los labios apretados y paciencias colmadas. Observaba a los padres aburridos de aquel mundo tan monótono. Veía que desde la infancia los pequeños permanecían inmersos dentro de pantallas cuadradas, virtuales y chillonas con sus ojitos vidriosos y sin pestañar para no despegarse nunca más, igual que el molusco incrustado en la roca.

El mundo había perdido su sentido mucho antes de que la vida llegara a su fin. Aun así, después de todo lo ocurrido, por primera vez había tenido un hijo y nunca me hube sentido más feliz en todo mí existir.

En las mañanas nos recostábamos los tres en nuestro lecho y encerrábamos al universo dentro de la habitación. Habitación que contenía de todo menos maldad. Nos alimentábamos en base de vegetales dado que hasta aquel momento el cambio solo había acelerado el crecimiento de éstos, obteniendo de ésta manera unas lechugas inmensas, en la cual necesitaba ayuda de Turán para arrancarlas del huerto, también había tubérculos por enormes cantidades y nunca se acababan las frutas de los árboles.

Sin embargo los insectos y animales fueron los que más sufrieron. Al principio del cambio se especulaba sobre una guerra bio nuclear silenciosa, la cual degeneró por completo la natural manera de vivir y obligó a que las especies mutaran para su sobrevivencia. Otros hablaban sobre el fin de los tiempos, que el mesías llegaría, que eran tiempos de cambio y de revelaciones, que había que confesarse. Numerosas sectas comenzaron a emerger de la profundidad del misterio y bailaban, y veneraban y sacrificaban para el maligno. Las personas entraron en pánico y la comprensión de ellas no iba acorde a los cambios y así todos comenzaron a decaer.

Los días pasaban y Farui se despertaba cada vez más, bajé algunos kilos debido a que demandaba mucha leche, pero yo me sentía viva, vigorosa, realizada. Habían pasado cerca de siete meses desde la última vez que habíamos visto a un sobreviviente. Éste recorrió todo el sendero de los nogales mientras Turan y yo le divisábamos encima de la casa del árbol. Él con el hacha en mano y yo apuntándole con mi arco. Después de una

larga discusión habíamos dejado en claro que aquel tipo cruzaría, siempre y cuando no se dispusiera a acercarse a nuestro hogar.

Por lo que Farui fue un cambio y motivación en nuestras vidas y teníamos un claro objetivo por el cual sobrevivir. Recuerdo que sus llantos nocturnos eran música para mis oídos y con Turan no dormíamos velando su sueño y observando como dormía. Farui fue como la tierra que enterró en lo más profundo el recuerdo de Malec. Mi marido nunca la mencionó y yo todos los días me escabullía de la verdad recordándole a mi mente que la hermana de Turan estaba muerta y que no la volveríamos a ver.

Turan nunca dio un indicio de luto y un día le pregunté respecto su hermana. – No sé si la he superado- Me respondió. –A veces pienso que dentro de aquellos nogales ella aparecerá y traerá la canasta repleta de nueces como siempre lo hacía-.

En momentos como ese mi vida se tornaba blanco y negro a la vez.

Los meses transcurrían mientras los árboles se desnudaban por completo, desprendiéndose de sus tostadas hojas. Él aroma a húmedo se asomaba entrometido por todo nuestro hogar y las tablas del suelo helaban. Entonces sacamos unas pieles que teníamos guardadas de algunos animales que habíamos cazado. Especies de osos y monos las cuales habíamos despellejado y dejado secar bajo el sol del verano. Así para que el pequeño Farui se arrastrara en aquellos meses de frío y lluvia por sobre aquel suelo acolchado y abrigado.

Y felizmente, así fue.

Alrededor de los cuatro meses de edad el pequeño ya casi no quería que lo sostuviera y se arrastraba por el piso peludo como una torpe oruga. O mejor dicho como una pupa porque apenas se movía. Albergaba una inteligencia inusual pareciendo no ser de este mundo. Muy tranquilo, después de sus primeras semanas de vida, él casi nunca lloró, exceptuando unas veces en las cuales se ensuciaba en las penumbras de la noche, chillando a todo pulmón, exigiendo su derecho de cambio de manta.

Turán durante sus viajes anteriores había recolectado una serie de objetos que ayudarían a estimular al pequeño. Así Faruí se entretuvo con varios juguetes, muñecos y figuras durante toda su infancia recostado en él suelo de pieles, en un mundo aparte.

A mediados de invierno, cuando éste ya se hallaba en su máxima expresión con ríos que rebosaban de agua, enormes nubes negras y el canto de rayos y truenos para antes de dormir, las provisiones

amenazaron con escasear.

-Será un máximo de tres días- Me dijo un día Turán mientras permanecíamos acostados sobre la cama bajo múltiples gotas que explotaban en las algas que cubrían nuestro techo. Yo recuerdo haberlo visto con mirada asumida pero como siempre, esquiva. Tenía que hacerlo, había que traer comida o Farui no tendría con que alimentarse. – Ve con serenidad Turan, las cosas vendrán solas a ti si dispones de buenas intenciones, éste mundo es nuevo pero las leyes naturales no cambian, siempre recuérdalo- El solo me observó tratando como siempre de descifrar mis palabras. Luego me besó. Me comenzaba a tocar y yo le empezaba a responder y ya bajo el manto sordo de las tentaciones comenzamos un juego peligroso que debíamos de terminar. Gracias al desconocido, Faruí se hubo ensuciado deteniendo en seco aquel intenso momento. –Es tu turno de cambiarlo- Le hube dicho a Turan volteándome para disponerme a dormir. –Buenas noches hermosa- Me hubo dicho el, acariciándome la cabeza.

Los días pasaron rápidos con Farui en casa. Cuando estaba embarazada no tenía más pasatiempo que leer cuando Turán se iba de recolección. Con aquel pequeño cada momento era un regalo y no importaba el contexto, solo él estar allí sentada con él. Turán llegó al cabo de tres días y el invierno siguió su curso. Los días se volvían más cálidos y los pájaros volvían a pronunciarse para cantar en sus nidos dentro de los árboles frutales. Farui ya tomaba cosas con sus manitos y boca, siendo que sentado trataba esforzadamente de producir un gateo, hasta que un día después de tantos intentos, lo logró. Sorprendiéndome de la corta edad en la que hubo realizado aquella hazaña. Cuatro meses y medio.

Entonces allí no supe si hube dado a luz un niño o a un torbellino.

Gateaba por todos los lugares mientras Turán y yo nos preocupábamos de que no se escapara por alguna ventana, abriera la puerta de entrada o chocara con algo puntiagudo o duro. Íbamos de un lugar a otro debido a que el pequeño nunca se cansaba y recorría todo el hogar haciendo morisquetas con aquella risa traviesa. Su cabeza era redonda de mejillas regordetas, su cabello marrón hacía juego con sus ojos de igual color y su cuerpo era elástico y muy ágil. Yo misma vi un día como se lanzaba desde encima de la mesa, cayendo al piso con la mayor naturalidad del mundo.

Cuando ya pensábamos que estaba preparado, decidimos llevar a Farui al mundo exterior.

Fue una fresca tarde invernal que olía a primavera cuando bajamos con Faruí a la cumbre de la colina. Abajo del hogar el césped se hallaba más verde y por encima el cielo más azul, los rayos solares pegaban tibios en nuestras espaldas y junto a Turán nos dirigimos los tres, al linde del río. Allí en fila los limoneros bordeaban la orilla y con sus posos húmedos

emanaban aromas cítricos y a tierra mojada. Los ojos de Faruí veían su alrededor y sonreía a los múltiples estímulos que le brindaba la vida. Lo sentía inquieto y con sus brazos y sus piernas trataba de liberarse de los mios para bajar a la tierra.

Ya libre, gateó sobre el pasto y parecía no incomodarle el tacto hacia él. - Es un ser del nuevo mundo- Me dijo Turan. - ¿Te das cuenta que podría ser el primer nacimiento en mucho tiempo?-. Yo no lo había pensado, pero él tenía razón. -¿Crees que pueda ser feliz en estas condiciones?- Le pregunté. La verdad, me preocupaba que sufriera en la precariedad, que desertara al hostil mundo y nunca se adaptara a ésta realidad. -Lo haré- Me aseguró. -Al igual que nosotros-.

Sentado los dos veíamos a nuestro hijo gatear y balbucear por aquí y por allá deteniéndolo cuando intentaba ir más allá de la tierra e intentaba sumergirse en las aguas del río.

Las libélulas volaban por encima de nosotros y cuando enmudecíamos, un silencio apacible aligeraba nuestros corazones. Recuerdo que cuando la civilización estaba en su cumbre no había paz. El ruido de los autos, de los aviones, el bullicio de la gente que invadía mis oídos, que se quejaban y destruían, los gritos, reclamos, los insultos, las protestas, todo eso me inquietaba. Pero ahora todo aquello, hubo finalizado.

Aun así, mi ser nunca estaba tranquilo.

De todos los que me rodeaban solo Turan logro sobrevivir y como si no hubiéramos aprendido de nuestros errores, aún en la hostilidad y en el fin del mundo mentimos para sobrevivir.

En la noche de aquella hermosa tarde no pude conciliar el sueño. Malec se me aparecía en sueños y me envolvía en un frio sudor que me impedía dormir. Entonces me levanté y bajé del hogar para despejar mi mente y liberar mi conciencia.

Allí estaba sentada en unos bloques de cemento mirando hacia los nogales y oyendo la respiración de los árboles. Se escuchaban extraños sonido a lo lejos por detrás de estos, poniéndome a pensar en la clase de extraño mundo que viviría nuestro hijo y en el retorcido lugar donde estaría Malec. Aquella noche fue más negra que blanca sintiendo así mi corazón acongojado.

Entonces fue cuando vi al otro lado del río, acercándose por entre la densidad del bosque una luz blanquecina y deslumbrante. Se escuchaban risas pero estas parecían emerger en toda la envergadura del bosque, como ecos que rebotaban en cada árbol.

No podía dar crédito lo que esa luz representaba al verla de cerca. Era una mujer, desnuda y alta tan blanca que la luz de la luna reflectaba en su piel. Parecía estar flotando y avanzaba hacia mí de una manera armoniosa. Yo no sentí miedo en ningún momento. <<Debo de estar soñando>>. Me dije en ese entonces.

Y cuando estuvo en el otro extremo del río, justo en su borde, le vi que estaba sonriendo. -El niño sobrevivirá- Me dijo con voz espectral. -Pero de ti dependerá el camino que quiera tomar-. Y cuando hubo dicho esto su rostro se deformó y con extrema pena y amargura se acercó de un sopetón hacia mí, cruzando el linde y el río como si hubieran sido sólidos caminos. Posada encima mío me dijo con rostro sufriente. -Él sabe que está vivo, hoy lo sacaste del árbol- Dijo apuntando el sostenedor de mi casa. -¿Quién él?- Pregunté yo.

-El que causó todo esto Zalea, el destructor y creador a la vez, el apocalipsis reencarnado.- Ella se comenzó a elevar por los aires como si perdiera peso y el cielo la abdujera -No son los únicos, muchos nacidos han llegado al nuevo mundo pero no han perdurado, puesto que él los ha asesinado. Este caso es diferente, el niño ha vivido por más de cuatro ciclos lunares y el aún no sabe dónde realmente se encuentra, tienen tiempo Zalea.- Entonces ella bajó con todas sus fuerzas y puso su mano en el centro de mi frente, entre medio de mis ojos. -El mapa está grabado, llega hasta allí y tu primer objetivo será realizado. Pero te advierto, no será fácil. ¡Ve cuanto antes mujer si no los tres perecerán!-

Y el mundo se tornó de negro, perdí la conciencia y al fin, pude dormir.

## Capítulo 6

### Capítulo 5

Sentía que me ahogaba dentro de la oscuridad mientras a lo lejos una voz me decía. –No escaparás de mi Zalea- Aquel sonido carente de sexo parecía provenir de todas partes. –No evitarás el cambio.- Entonces me di cuenta de que mis parpados estaban cerrados y cuando los abrí me encontré sumergida dentro del profundo océano. Cerca de mí, todo se iluminaba de color azul y verde oscuro sintiéndome flotar dentro de un infinito vacío. A veces se asomaban frente a mis enormes criaturas marinas cruzándose en mi camino, subiendo y bajando las profundidades de aquel abismo.

-Si llego a capturarte mujer, vivirás aquí para toda la eternidad- Aquella voz era maligna sintiéndome aterrorizada al escuchar cada palabra. La desesperación tomaba riendas de mi cuerpo cada vez más al sentir que no quedaba más oxígeno. Entonces comencé a gritar. –Ah. Me encanta que grites- Dijo susurrando con tonos de placer. –Si caes en mis manos aparte de allegarte a las penumbras, morirás un millón de veces, la locura no dará tregua alguna y la conciencia nunca la perderás- Sentía mi corazón dando rápidos golpeteos hacia mi caja torácica. –Nos volveremos a encontrar Zalea.- Mencionó antes de largarse junto todo lo que me envolvía. Todo hubo trascendido a un blanco absoluto.

Entonces me di cuenta que lo blanco era niebla y esta se posaba por todo mi alrededor. Por debajo sentía mis pies mojados que al verlos, permanecían sobre piedrecillas blancas mientras le mojaban suaves olas. A lo lejos una galera con faroles encendidos se alejaba de la orilla para adentrarse al interior de lo que parecía un lago. Una mano me tomó detrás del hombro y al voltearme, en el medio de una aglomeración de personas, vi a mi padre. - Puedes sentirte en el cielo con placeres y arrogancia Zalea. Pero aquel cielo huele a infierno.- Los latidos de mi corazón retumbaban con más fervor a la vez que yo no podía hablar. Mi padre prosiguió- Miel de mi vida- Me hubo dicho como solía decirme antes de desearme las buenas noches o los buenos días. -No te guíes por las apariencias, que a veces dentro de toda la inmundicia podríamos encontrar la llave para abrir las puertas de la ataraxia eterna.- Una lágrima cayó desde mi mejilla y el contacto de ésta con la transparente agua encendió a mi conciencia haciéndome despertar.

Desperté en mi lecho sudando y muy agitada. Sentía mi corazón latir fuertemente mientras el miedo se inyectaba en mi sangre. –Tenemos que irnos- Fue lo primero que se me ocurrió decir sentándome sobre la cama abrazando mis rodillas. Turán se despertó y se sentó conmigo tomando

mis manos a la vez que yo tenía aquella voz en mi cabeza.

-Tenemos que irnos, viene por nosotros, por Farui- Insistí. Él se hubo despertado, balbuceando unas palabras y tranquilizándose así, de alguna manera. -Calma mujer- Me dijo Turán arrugando su frente como solía hacer en momentos de tensión. -Solo fue una pesadilla-. Me susurró poniendo mi cabeza en medio de su pecho y allí con sus brazos al igual que el fuego apagaba el hielo que atormentaba mi ser.

Me empecé a calmar de a poco pero me invadía aquella angustia e irremediable impulso de escapar de allí. -Donde fuiste antes de dormir- Me dijo entonces y recordé el dialogo que tuve con... con aquella mujer. -No podía dormir- Le decía aún sin mirarlo. -No paraba de soñar con Malec por lo que decidí bajar a despejarme y entonces la vi-. -¡A Malec!- Me hubo dicho él abriendo enorme sus ojos -No Turan. Ésta mujer era diferente, su cuerpo sustancial y liviano brillaba bajo el reflejo de la Luna. Levitaba y cruzó fulminante desde los nogales hacia donde me hallaba para advertirme. Me dijo que huyéramos-. Y al escuchar esto Turán respondió de inmediato -De ninguna manera. Escucha lo que dices , no tiene sentido- Escrutaba la expresión de su rostro, siendo confundida y espantada, como si me hubiera vuelto loca dentro del sueño. Yo me levanté haciendo caso omiso a las objeciones y comencé a guardar lo esencial lo más tranquila posible para no despertar asustar a Faruí que se había quedado dormido nuevamente.

Al sentir Turán que yo le ignoraba, se levanta de la cama y sosteniéndome fuerte ambos brazos me dice -Detente Zalea-. Mi corazón no paraba de palpar asustado, algo presentía. Yo me solté de sus manos y continué rápido sintiendo que el tiempo se me escapaba. -Basta Zalea, escucha- Me dijo haciéndome un ademán de silencio. Entonces pude oír un sordo sonido que hacía vibrar todo el rededor. De pronto dentro de la placidez nocturna, un fuerte remesón nos hizo caer al suelo asustándonos de tal manera que Faruí lloraba desconsolado sin saber que estaba ocurriendo. Nosotros nos arrastrábamos yendo hacía nuestro hijo para protegerlo mientras las cosas se comenzaban a caer y las paredes que nos rodeaban se desmoronaban formándose grandes cicatrices a través de todo su recorrido. Rápidamente el fuego de una vela hubo besado el suelo y el humo poco a poco comenzó a surgir mientras el sismo aún no daba cese alguno.

Gracias al desconocido hube guardado las cosas imprescindibles dentro de unos bolsos y con todas nuestras fuerzas logramos levantarnos, tomar al niño, mi arco, el hacha, mientras caminábamos a duras penas sujetándonos de las paredes. Nos dirigimos hacía la puerta para descender a la colina y antes de bajar por medio de las piedras incrustadas, Turan me hubo amarrado a Farui en mi espalda. Mientras bajaba, él permanecía en la casa buscando lo que hiciera falta envuelto en una densa burbuja de humo. Sentía mis manos sangrar de tan adherida

que estaban en las piedras para no caerme pero a mí no me importaba nada de eso, solo quería que Faruí estuviera a salvo. Los dos estábamos actuando por sobre nuestro límite solo para que aquel niño siguiera con vida.

Una vez abajo, observaba a Turán lanzar de arriba varias cosas, mi carcaj, un bolso que contenía una tienda para acampar, comida y herramientas. Cuando ya hubo culminado su recolección y al momento de descender por el gran tronco, una enorme sacudida obligó a que él se cayera desde unos cinco metros hacia el césped. – ¡Turán!-. Recuerdo haberle gritado y espantada observé como nuestro hogar se convertía en escombros, desprendiéndose a pedazos la madera encendida y encendiendo así las llamas del tronco querido que lloraba sufriente savia negra .Me acerqué hacía donde había caído Turán y con gran alivio me di cuenta de que estaba bien, sin embargo, quemaduras superficiales carcomían su piel. –Lo logramos- Me hubo dicho tirado en el suelo, tomando aire y mirando hacia el cielo.

Ya los primeros rayos solares daban por inicio el alba y se vio claramente el resultado de la intermitencia de aquel destructivo sismo. El rocío se esparcía por todo el lugar densificándose con el espeso humo como si fuera una lúgubre niebla matinal. Todo nuestro hogar quedo destruido y el fuego bajaba serpenteando sus lenguas por aquel hermoso árbol que por cinco años nos hubo guarecido. Pero no había tiempo para lamentarse, tendí mi mano a Turán y lo ayude a levantarse. Tenía el mapa en mi mente, no sabía dónde llegaría pero sabía qué camino tomar, el sendero estaba marcado, guardado en lo más profundo de mis pensamientos, guardado por el toque de aquella mujer espectral.

No. No había tiempo alguno para desperdiciar.

Y cuando ya hubimos recogido todo lo necesario, amarrado y asegurado en nuestros cuerpos, descendimos por la colina en dirección al oeste para abandonar lo que felizmente fue, nuestro hogar.

## Capítulo 7

### Capítulo 6

Nuestro hogar se veía cada vez más lejano mientras nos adentrábamos de a poco en el bosque. Cuando la colina hubo desaparecido el este nos envolvió en su totalidad impidiendo que la luz tocara el suelo. Flores negras brotaban de unos arbustos largos repletos de espinas que se enredaban en los troncos de los árboles. De algunos árboles emanaba un líquido rosado y hediondo dando la impresión de ser peligroso al tocarlo y vimos como un escorpión que no tenía tenazas pero si tres agujones le daba provecho a esta sustancia y con la afilada punta de cada agujón llenaba su cola de aquel líquido seguramente para defenderse o quizás para alimentarse. En aquel momento no tenía idea de nada sobre aquel lugar.

En el camino había varias lagunas pequeñas y profundas que contenían un sinnúmero de peces los cuales Turán cazaba para alimentarnos. A Faruí le dábamos papilla de frutas que recolectábamos de los manzanos y perales. Fueron en estos días cuando ya comenzaban a brillar aquellas perlas provenientes de sus encías, sus primeros dientes emergían y a él no parecía incomodarle. Caminábamos sin mapa siempre hacia al oeste guiándonos por el sol en el día y descansando en la noche. No encontrábamos bestia alguna pero en todo momento permanecíamos en estado de alerta. La partida desde nuestro hogar fue una especie de iniciación a nuestro conocimiento.

Siempre he tenido en cuenta que el ser humano evoluciona en base al ambiente que lo rodea, sin embargo esta especie de igual manera le aterrera lo desconocido. El mundo actual era completamente aterrador. Faruí parecía ser el único feliz de emprender aquel viaje, sonreía en todo momento colgando en su manta de género verde, azul y rojo, haciendo todo más ameno.

Notaba con el paso de los días que Turan se silenciaba pero nunca le hube preguntado por qué. Siempre ha sido como un libro cerrado que depura sus palabras una vez que la historia de su vida hallan colapsado sus duras páginas. Sabía que tarde o temprano comprendería que todo lo que le hube dicho era cierto y que era necesaria aquella decisión de emprender o emigrar como lo hacen otros animales que sin mapa alguno llegan a su destino solo con su orientación, su instinto y determinación.

Al cabo de una semana cuando la luna se hallaba casi completa, tuvimos

nuestro primer encuentro con una bestia del nuevo mundo.

Era de noche y nos hallábamos durmiendo dentro del campamento enfrente de una laguna, mientras el reflejo de la luna nadaba plácidamente sobre las aguas. En el borde de la laguna crecían unos arbustos de los cuales nacían extrañas frutas en forma de estrella. La verdad eran muy similares a las estrellas de mar y de estas expelía un olor dulzón y fuerte.

Me hallaba durmiendo cuando de pronto, de lejos escuché a Turán pronunciar mi nombre. –Zalea- Me decía despertándome. – ¿Qué sucede?- Le pregunté dentro del sueño aún. – Hay algo afuera-. Entonces abrí inmediatamente mis ojos . –Tranquila, evitemos despertar a Faruí- Me dijo en silencio. –Iré a echar un vistazo-.

Lo vi salir de la carpa mientras el silencio densificaba la atmosfera siendo interrumpido por sonoros y lentos pasos de vez en cuando. Allí me di cuenta que efectivamente había algo más aparte de nosotros y esto era grande. Temía que Faruí despertará por lo que me mantuve callada acercando el pequeño a mi cuerpo.

El tiempo transcurría lento mientras Turán se hallaba fuera, yo me había comenzado a preocupar y a impacientarme pensando el sinfín de desgracias que podrían ocurrir. Hubo pasado un buen rato cuando apresuradamente abrieron el cierre de la carpa y entra mi marido diciendo. –Es un enorme Zalea, parecido a esos elefantes prehistoricos-. Mi corazón comenzó a acelerarse y Faruí debió de percibirlo porque también comenzó a moverse pero después de un rato de haberlo mecido se quedó profundamente dormido.- ¿Qué tan grande es?- Le pregunté cuando hube asegurado al niño, Turán estaba mirando por un hueco entre la entrada de la carpa y cuando se volteó estaba pálido y sudoroso. –Enorme mujer, mucho mas grande que cualquier oso que visto anteriormente, eso te lo aseguro, sus patas son pesadas pero poderosas, está cubierto de tieso pelo marrón pero tiene la marca del nuevo mundo; Tiene cuatro enormes colmillos, dos en disposición hacia arriba y los otros rectos para perforar -

Yo no me podía imaginar algo así y eso me inquietaba más aún. Escuchábamos a lo lejos esos apagados pasos y sentíamos que se acercaban cada vez más. Recuerdo que comencé a rezar al desconocido que siempre ha estado de mi lado mientras Turán comenzaba a asegurar las armas. La navaja, un machete y me hubo lanzado el carcaj junto mi arco.

Pum... Pum....pum...escuchábamos mientras nuestros corazones latían apretados. De pronto una inmensa sombra se cruza por un extremo de la carpa, justamente a mi lado. Pasó sosegado y sin apuros. No pareció estar al tanto de que estábamos allí por lo que dedujimos que no era muy

inteligente. Se alejó y oíamos como comía algo crujiente mientras gruñía. Turán iba a salir de nuevo de la carpa y yo lo detuve en seco. –Quizás se vaya así sin más.- Le hube dicho y al pasar minutos que sabían horas la bestia comenzó a caminar de vuelta por donde se vino. Malditamente, cuando estuvo cerca de la carpa, su cola, golpeó la zona lateral de la carpa, inclinándonos de súbito y perturbando así al pequeño Faruí.

Este comenzó a llorar y yo con todas mis delicadas fuerzas comencé a hacerlo callar. –Por favor Faruí, detente, no pasa nada bebe- Le susurraba, pero estaba asustado y su llanto eran gritos en medio del vacío. El animal comenzó a vociferar y gruñía de una manera estruendosa, horrorizando más aún al niño y escuchamos de pronto que pasos pesados se dirigían otra vez a nuestro lugar.

-¿Qué hacemos?- Le hube dicho a Turán. –Habría que distraerlo, pero te necesito mujer-. Entonces allí supe que debía de estar dentro de todos mis cabales, por que íbamos a dejar solo a nuestro hijo dentro de aquella carpa. –Tendremos que hacerlo si no queremos perecer los tres en vano y sin lograr nada y yo no vine hasta aquí para asesinar a mi hijo Zalea- Sus palabras fueron duras por que tenía razón. Entonces dejamos a Faruí aún llorando en la carpa y salimos de ella para adentrarnos a la oscuridad de la noche y a todas sus inseguridades.

Como había dicho, el ser humano se adapta a las nuevas realidades pero lo desconocido perturba inmensamente las capacidades de cada uno, pues al ver a la bestia acercándose a la carpa frente mí, quede paralizada. Era tal cual como la había descrito Turán y movía su enorme trompa de un lado a otro arremetiendo contra todo lo que se cruzaba en su camino.

Así estuve petrificada hasta que con mis manos sentí la suave madera del arco. Instintivamente posicioné firmemente mi cuerpo a la tierra, sacando una flecha de mi carcaj y levantando mi arco dirigiendolo hacia la bestia. Corrí hacia la orilla sin perder mi objetivo y desde allí lancé mi primera flecha. Ésta le dio entre medio de sus ojos e inmediatamente se detuvo agitándose dando gritos de dolor. Entonces me observó enfurecido y comenzó a correr dirigiéndose hacia mi. Para ser tan grande corría muy rápidos –Toma a Faruí y huye- Le grité a Turan y este sin dudarlo cumplió lo que hube dicho.

Yo comencé correr por mi vida sintiendo como la tierra temblaba por cada bestial paso y al mirar hacia atrás vi aquella bestia lanzarse moviendo su trompa y vociferando estruendoso. Si me caía estaba pérdida y pronto mi familia perecería de igual manera, por lo que la determinación de seguir viva era inmensa pues tenía mucho que perder. Corría sin cesar y me di cuenta que cada vez habían menos árboles. El cielo estrellado y la luna sonriente se vieron nuevamente sobre una laguna y yo sin dudarlo me lancé hacia está comenzando a nadar hacia lo más profundo. La bestia quedó como supuse en la orilla gruñendo y dando pasos marcados

con sus patas. Lo había logrado.

Me sentía victoriosa y vaya hermoso se hallaba aquel resplandeciente y silencioso astro. Aliviada me acosté sobre las aguas y allí flotando me quedé viendo la transparencia del cielo calmándome al ver la placidez nocturna, dándome cuenta que dentro de todo lo malo siempre se hallaba una pizca de esperanza y que con esa dosis bastaba para vivir en este mundo tan extraño y pervertido.

## Capítulo 8

### Capítulo 7

Nunca había visto algo tan bello hasta que la primavera hizo brotar las primeras flores que esperaban ansiosas su llegada. Habían pasado ya varias semanas desde la partida de nuestro hogar y ya no nos sentíamos tan ajenos a la realidad. Faruí ya estaba dando sus primeros pasos y lo hacía de una manera muy particular. Como si estuviera sobre una cuerda en todo momento, él plegaba sus brazos de extremo a extremo e iba equilibrándose mediante estos. Así se impulsaba y lograba dar varios pasos antes de que la gravedad ejerciera su poder haciéndolo caer o de bruces o de espalda. Me conmovía de sobremanera y divertía mis días. Él junto a Turán se volvieron mi sentido de vivir. Donde fuera estábamos juntos, cuidándonos las espaldas, cooperando, buscando alimento o simplemente por el mero hecho de estar acompañados.

Como decía, las flores llegaron de una súbita manera. Un día al despertar entre medio de numerosos arbustos y árboles de troncos altos y descascarados, estaban todas con sus pétalos abiertos recibiendo los rayos del Sol y posadas sobre ellas numerosos insectos. Abejas, libélulas, mariposas y moscas volaban extasiados atraído por aquel aroma tan denso y dulzón que hace un día atrás no existía. -Mira Faruí- Decía mientras le mostraba una flor morada parecida a una robusta campana. -Flor- Le enseñé y el trató de evocar la palabra. -Una palabra muy bella ¿No? ... Flor-.

Después del incidente con aquel extraño elefante todo permanecía tranquilo sin grandes complicaciones. En nuestro andar había extraños animales, pero cuando nos miraban huían y otros eran tan asustadizos que solo los escuchábamos, sin verlos jamás.

Pero también había otro tipo de criaturas que eran completamente desconocidas para mí.

Aquel día, Turán aún se hallaba durmiendo cuando divisé que algo entraba y salía de las flores sin tener nada en común con los otros insectos. Era pequeño y verde, parecía tener cuerpo de humano pero grandes alas para su tamaño que era como el de un colibrí. A decir verdad, se movía hacia adelante y atrás tal como le veía hacer a estos animalitos cuando era pequeña y recorría el jardín de mi madre. Seguía perpleja viéndole, cuando de un segundo a otro esta extraña criatura voló rápidamente donde Faruí y se detiene frente a él. Faruí le sonreía y trataba de capturarla, pero la criatura no se dejaba atrapar, sin embargo, tampoco

huía de él. Era hermoso. Sus brillantes colores destellaban en la luz del día y de su aletear desprendía exquisito aroma frutal. Y su rostro parecía a la de una persona. Sus ojos reflejaban humanidad y si bien tenía un pequeño pico, su forma me traía el recuerdo de un niño pequeño.

-¿Qué es eso Zalea?- Preguntó Turán con su voz ronca, espantando a la criatura que voló fugazmente hacia el alto cielo. Yo le miré a la vez que entraba en conciencia. -No lo sé- Le respondí. -Parecía un hada Turán. Esa de los cuentos que alguna vez nos relataron- Le mencioné, pues era la descripción más cercana. -Parecía estar interesada por Faruí- Añadí.

-No dejes que se le acerquen Zalea- Me dijo él con voz imperativa. -No parecía inofensivo- Le respondí. -Pero no lo sabemos mujer. Cuidemos al niño-. Y cuando hubo dicho esto se levantó de la tienda y vino donde Faruí que reposaba entre mis piernas. -Buenas días Choquito- Le saludó diciéndole aquel apodo que según Turán su padre le decía durante su infancia.

Desde ese día no paramos de ver coloridas flores entre todo lo que nos rodeaba. En los árboles y arbustos, por medio de las piedras o bajo del agua en los ríos venideros. A veces, me percataba de un sordo zumbido como de un rapidísimo aletear, pero al voltearme o buscar el origen de aquel sonido, no hallaba nada. Sin embargo, un olor dulzón siempre acompañaba su venida. <<Nos está siguiendo>>. Pensaba constantemente.

Algo dentro de mí me indicaba que mi camino era hacia el oeste. Era como un presentimiento, pero más consolidado, más real. Una intuición instintiva. Turán seguía mis pasos sin preguntarme y allí se hallaba para cuidarnos como un gran perro guardián. Hubo un día en que aquel presentimiento se hizo más fuerte y era tan denso en mi cuerpo que le podía sentir correr junto mi sangre. -Nos estamos acercando Turán- Le dije aquel día en la tarde. Seguíamos inmersos en el frondoso bosque y los árboles en aquel momento eran mas altos que nunca. Al no llegar el sol al interior, las flores eran de colores mas oscuros, los gruesos troncos estaban completamente cubierto de musgo y en el suelo había constantemente agua. ¡Cuán húmedo era todo! .

-Entonces hay que prepararnos para lo que venga- Me dijo él. -No sabemos con lo que nos podríamos encontrar-. Añadió. Faruí en ese entonces iba amarrado en mi espalda e inquieto se halló de un momento a otro. -¿Qué sucede Choquito-. Le dijo Turán tomándolo en sus brazos. Y escuchamos de pronto el chapotear de las aguas muy cerca de nosotros. Inmediatamente ocultamos nuestras cosas y fuimos detrás de los árboles. Turán y Faruí quedaron juntos y yo veía distante como Turán me hacía señas para quedarme en silencio. -Es grande- Me decía, debido a que él

estaba mejor angulado para verlo. -Un caballo- Mencionó.

Y cuando el chapotear del agua se oyó por detrás de mí, sigilosamente observé para ver de dónde provenía aquel sonido. Era un bellissimo caballo blanco del doble de tamaño que uno normal. Tenía tres colas, cada una de un distinto color; blanca, dorada y negra. Se detuvo frente un árbol que en su base arraigaba un gran número de flores de color carbón y se las comió parsimoniosamente. Al ver sus crines me sorprendió ver que cada pelo era como una fina hebra de oro. Me puse a pensar que un animal así en el anterior mundo valdría una enormidad y por ende ya estaría muerto. Me alegré por él, de su tranquilidad y la solemnidad que vislumbraba. Luego el animal siguió caminando, sin volver la vista hacía atrás.

Aquella situación me trajo paz y armonía y deduje que su visita era un presagio de buena suerte.

Nos volvimos a reunir una vez una vez sentido a salvo y después de comentar lo acontecido seguimos nuestro camino debido a que no había tiempo que perder, cada vez se hacía más difícil encontrar comida. Con anterioridad, me paseaba encima de los árboles buscando frutas y recolectando huevos en los nidos de madres ausentes. Sin embargo, al pasar los días los árboles aumentaron su tamaño llegando al punto de no poder llegar a sus copas.

Un par de días después de ver al caballo blanco, caminábamos inmersos dentro de una espectral y densa niebla. El suelo estaba húmedo en todo momento mojando nuestros pies y dificultando así nuestro caminar. Turán llevaba una antorcha que a duras penas mantenía encendida su llama y era la única fuente de luz. -Tenemos que encontrar un lugar para pernoctar- Le dije a Turán. -Faruí no puede enfermarse-. - En eso estoy- El mencionó. - ¡Mira! - E indicó con su índice por detrás de mí. Al voltearme, una luz plateada brillaba intermitente dentro de unos árboles que estaban amontonados e inmediatamente supe que era seguro ir hacia allá. - ¡Vamos! - Le dije y me adelanté yendo hacia ese lugar. - ¡Espera Zalea! - Me gritaba Turán por detrás, pero yo omitiendo sus precauciones me dirigí directamente hacia allí. Pasaba por encima de ramas y grandes raíces, el sonido del pisar de las aguas aumentaba y el eco se esparcía rebotando en todos los altos troncos. No tenía fuego no obstante, podía ver muy bien mi objetivo. Faruí seguramente iba durmiendo, pero sus dedos se adherían en mi ropa como se le había hecho costumbre, por lo

que yo podía ir mas tranquila y esquivar mejor, todo tipo de obstáculos.

Entonces sentí que el agua abandonaba mis pies y pronto estuve subiendo un gran montículo de tierra fangosa, su cima era ovalada como un volcán. Se encontraba dentro de unos árboles altos, de troncos azulosos que estaban agrupados, por lo que se hacía más difícil divisar de lejos aquel montículo. Al llegar a la cima pude felizmente ver que se hallaba seca y era realmente plana, terreno óptimo para poder armar nuestra tienda que ya estaba levemente derruida de tanto uso. En el centro de todo se hallaba una destellante luz flotante que brillaba chispas azules y danzaba en la tranquila oscuridad nocturna. Era aquel ser que vi cuando afloró la primavera.

Faruí inmediatamente despertó, seguramente por el dulzón aroma que había en el ambiente. Turán lleo igualmente a la cima y se puso a mi lado. -Es aquella criatura- Dijo él y esta no se espantó como la vez anterior, al contrario, se acercó más y al ver la intranquilidad del pequeño Faruí emitió más brillo y se movía por aquí y allá con una delicadeza hipnotizante. -Dormiremos acá- Dijo Turán y después de esa noche aquella criatura nunca más se alejó de nosotros y por sobre todo, de Faruí.